

UNIVERSO
WIGETTA
EN EL INFIERNO

VEGETTA777

WILLYREX

UNIVERSO
WIGETTA

EN EL INFIERNO



m̄r

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

© 2020, Willyrex

© 2020, Vegetta777

2020, Redacción y versión final del texto: José Manuel Lechado

© 2020, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial MARTÍNEZ ROCA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

© 2020, Diseño de personajes y portada: Ismael Municio

© 2020, Bocetos, la línea, el color y la creación de personajes secundarios: Pablo Velarde

Diseño de interiores y coordinación de ilustración: Rudesindo de la Fuente

Primera edición impresa en España: noviembre de 2020

ISBN: 978-84-270-4748-8

Primera edición impresa en México: noviembre de 2020

ISBN: 978-607-07-7271-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

ÍNDICE

- 8 Las bayas del más acá
- 26 La poción de Remedios
- 50 Las apariencias engañan
- 66 El cielo puede esperar
- 92 El maestro
- 114 Un descenso relámpago
- 134 A la fuga
- 158 Persecución infernal
- 180 El árbol misterioso
- 198 El ratón y el gato
- 220 En el umbral
- 242 Una amenaza incierta



LAS BAYAS DEL MÁS ACÁ

Todo estaba tranquilo en Pueblo. El tiempo de las aventuras y los peligros parecía haber pasado para siempre. Willy y Vegetta eran conocidos en medio mundo y no abundaban los malvados que quisieran arriesgarse a enfrentarse a ellos. Y menos

aún en su propio terreno. Las viejas torres de vigilancia, que se construyeron en tiempos antiguos para evitar ataques por sorpresa, carecían ahora de utilidad real. Algunas eran monumentos que visitaban los turistas; otras se habían transformado en edificios de uso público donde los habitantes de Pueblo se reunían para ver películas, jugar a videojuegos o leer libros.

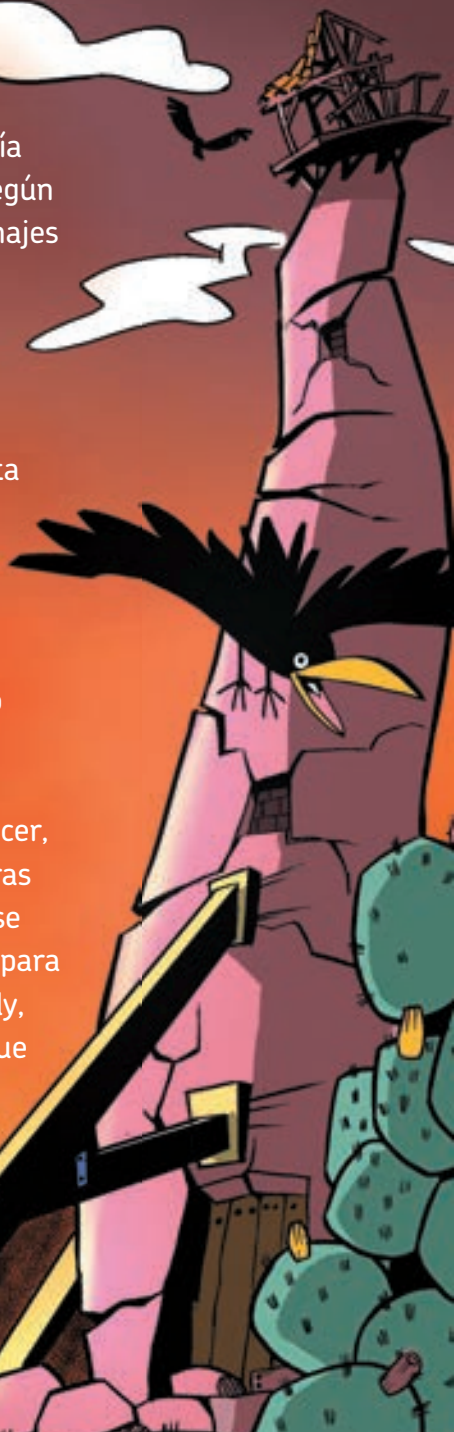


Sí, todo estaba muy tranquilo. Demasiado quizás, y desde hacía demasiado tiempo. Al menos según el punto de vista de dos personajes que conocemos muy bien:

—**Nos vamos a meter en un lío, Trotuman**

—advirtió la mascota de Vegetta a su viejo amigo, sin dejar de acompañarle en sus travesuras.

«**Travesuras**», esta era la palabra clave. La paz en Pueblo habría sido completa y perfecta de no ser por las andanzas de Trotuman y Vakypandy. Al parecer, tanto tiempo sin correr aventuras había llevado a ambas a meterse en líos cada dos por tres. Todo para desesperación de Vegetta y Willy, que no aspiraban a otra cosa que a disfrutar de ese momento



de descanso que estaban viviendo. Sin embargo, las advertencias al respecto y alguna que otra riña no servían de nada. Las dos mascotas estaban dispuestas a lo que fuera con tal de entretenerse. Y la aparente prudencia de Vakypandy... Pues eso: solo apariencia.

**—Venga,
esto va a estar genial**

—le respondió Trotuman, sonriendo—.

El Jardín de los Misterios. No hay nada parecido en Pueblo.



La verdad es que ese misterioso jardín no se encontraba en el propio Pueblo, sino bastante a las afueras, cerca de una de las torres abandonadas. Era un lugar muy curioso, objeto de los más diversos comentarios. Nadie conocía el origen de lo que, en realidad, tenía todo el aspecto de ser un simple parque abandonado: grandes árboles que crecían con las formas más extrañas y caprichosas; entre medias, arbustos de apariencia grotesca, incluso amenazadora, cubiertos de espinas, con flores de un colorido poco corriente... Aunque lo peor eran las praderas. En lugar de un bonito césped verde, solo había hojas secas, montones de agujas de pino, hierbajos diversos...



Algunos vecinos contaban que el Jardín de los Misterios fue plantado por un brujo en tiempos antiguos. Otros decían que a veces se escuchaban ruidos extraños en medio de la maleza e, incluso, que se veían luces de origen desconocido por la noche. Todo habladurías, porque en cuanto se trataba en serio el tema nadie había visto nada ni escuchado nada... en persona. Siempre era algo que había vivido una amiga, un cuñado, el tío de una prima... Lo cierto es que solo era un jardín abandonado en medio del campo y el mayor peligro que escondía era el de enredarse en alguna telaraña.

Aunque fenómenos extraños sí que había habido en Pueblo durante los últimos tiempos. Muebles que cambiaban de sitio; paquetes y cartas que llegaban a la dirección equivocada; dulces que, al probarlos, sabían salados... En todos los casos se sabía o al menos se sospechaba que detrás de estos misterios se encontraba siempre la misma causa: Trotuman y Vakypandy.

Sus travesuras, pequeñas al principio, iban a más. Siempre sin malicia, pero en algunos casos las bromas habían molestado más de la cuenta a algún que otro vecino. Como a la señora a la que cambiaron su elegante sombrero de plumas por una gorra de béisbol. La buena mujer, enfadada, les había gritado:

—¡Acabaréis en el infierno,
gamberretes!



Pero nadie presta atención a amenazas así, ¿verdad? Pues más les habría valido tenerlo en cuenta a las dos mascotas aquella mañana en la que la tranquilidad de Pueblo (y la de Willy y Vegetta, sobre todo) se iba a ir a paseo en el mismo instante en el que Trotuman y Vakypandy decidieron acceder al jardín. Desde fuera parecía una pequeña selva rodeada por una alta reja de hierro forjado.

—Qué curioso, Trotu. ¿Te has fijado en esta reja?

—Se parece a las que hace Herruando en su taller.

—Sí, pero esto no lo ha hecho él, seguro. Es demasiado antigua. Y fíjate qué adornos más peculiares.

En efecto, no solo la puerta, sino toda la reja parecía haber sido hecha por un herrero muy hábil, pero también muy retorcido.

—**¡SON DEMONIOS!**

—exclamó Trotuman, al mirar más de cerca.

—Sí, demonios gorditos... La verdad es que le pega al jardincillo este. Quizá deberíamos irnos.



—¡BAH,
no seas miedosa!

—respondió la tortuga, empujando la puerta de hierro. Estaba un poco atascada por el óxido, pero enseguida cedió al esfuerzo de Trotuman emitiendo un chirrido como los de las pelis de miedo.

—¡Se abre,
es genial, Vaky!

—exclamó, entusiasmado.

—Sí, pero vaya ruido que hace... Aquí da miedo todo

—dijo Vakypandy sin ocultar que, en el fondo, se lo estaba pasando bien.

El portón daba acceso a una especie de avenida principal con el suelo cubierto de grandes baldosas de piedra. En todas ellas se veía la talla de un pequeño demonio de formas regordetas, como los de la reja. ¡Y no había dos iguales!

—Este suelo... Ten cuidado, Vaky —advirtió Trotuman—, parece un poco

inestaaAAGGGGHHHHH...

«Inestable» era la palabra, pero no pudo terminarla.

Apenas había avanzado unos pasos por el camino cuando una de las losas se partió bajo su peso.

Trotuman sintió que caía al vacío mientras Vaky acudía a ayudarlo tan rápida como fue capaz. Por suerte, Trotuman no llegó a introducirse por completo en el agujero que se acababa de abrirse bajo sus pies.

—¡ESTOY ATASCADO!

—Es que últimamente te has puesto un poco gordito
—bromeó Vakypany, viendo a su amigo encajado
en el hueco a la altura del trasero.

—Qué graciosa... Anda, échame una mano para salir.

—Será una pata...

Tras algún esfuerzo, y con la ayuda de su amiga,
Trotuman logró salir del aprieto en el que se había
metido él solito.



—Hay que andar con cuidado a partir de ahora
—afirmó—. Este lugar no es muy seguro, Vaky.

—**¿Te has fijado en lo profundo
que es este boquete?**

—respondió ella, echando
un vistazo por el agujero—. No se ve el fondo.

—Es que hay poca luz aquí. La maleza y los árboles
tapan el sol.

—Sí, pero es que al salir has hecho caer algunas
piedras... y no se ha oído ningún ruido. Es como si no
tuviera fondo.

—Anda ya —respondió Trotuman, aparentando
tranquilidad, aunque de hecho se sentía inquieto—. No
existen los pozos sin fondo. Ven, sigamos investigando.

Pronto olvidaron el susto, aunque ahora se mantenían
más atentos, mientras recorrían el resto del jardín.
Una precaución innecesaria, pues, aparte de varios
arbustos espinosos y flores de apariencia muy
extraña, no encontraron ningún otro peligro. Aquel
era, sencillamente, un lugar descuidado, pero no muy
misterioso, a pesar del nombre.

—**¡Bah!**

Esperaba que hubiera algo más... **¡sustancioso!**

—exclamó Trotuman, cambiando repentinamente
su gesto de la decepción a la sorpresa.

Y es que no quería decir lo de «sustancioso», pero no pudo evitarlo cuando, al atravesar un pequeño macizo de rosales azules se dio de bruces con una planta que no había visto nunca. Una gran zarza repleta de bayas de color fucsia. Eran parecidas a moras o frambuesas, pero mucho más grandes, de aspecto jugoso y fresco. Su color era poco habitual, sí, pero su apariencia y su olor resultaban irresistibles. ¡Daban ganas de comérselas a bocados!

—**¡Esto tiene que estar buenísimo, vaky!**

—dijo Trotuman, sin esperar ni medio minuto para ponerse a zampar bayas—. **¡Lo están!**

No he comido un fruto más dulce en toda mi vida.



—Trotu, deberías tener cuidado —le advirtió su amiga—. Podrían ser venenosas.

—Una cosa venenosa no puede estar tan deliciosa —zanjó Trotuman la cuestión, medio rimando—. Aunque, espera... Vaky... **¡Oh, no!**

—¿Qué pasa?

Trotuman se puso a hacer gestos raros, como si se ahogara. Dio dos pasos adelante, uno atrás, se tambaleó un poco y, de pronto, se derrumbó como si le hubiera golpeado un rayo.

—**¡Trotuman!**
¡¿Qué sucede?!

—exclamó, asustada, la cabrita.



—¡JA, JA, JA!

Te he engañado. No me pasa nada —rio, divertido, Trotuman, levantándose del suelo—. Estas bayas no tienen ningún peligro.

—Serás... No tiene gracia. Pero vale, está bien, me comeré alguna —respondió Vakypany, un poco enfadada, al tiempo que se acercaba al arbusto para probar las bayas—. **Mmmmmm...** La verdad es que están muuuy buenas.

Al cabo de cinco minutos no quedaba ni una baya, se las habían zampado todas.



—Jo, qué ricos estaban. Hemos hecho bien en venir aquí.

—Sí, ha merecido la pena. Este lugar queda algo lejos de Pueblo, pero solo por probarlas, mmmm...

—Claro. ¿Y qué peligro hay en comer frutos silvestres?

—**¡Ninguno!**
¡Ja, ja, JAAAGGGHHH!

«**PLOF**» y «**PLOF**». Apenas habían terminado de pronunciar estas palabras, las dos mascotas cayeron redondas al suelo, como si alguien las hubiera «apagado» de repente.

**¿Tendrían algo que ver
las bayas misteriosas?**

Una pregunta a la que tendrían que responder Willy y Vegetta. Y no mucho tiempo después.

Preocupados por el paradero de sus mascotas habían salido a buscarlas justo en el mismo momento en que Trotuman devoraba la última baya. Hacía un buen rato que no se las había visto y lo cierto es que nadie parecía del todo descontento. Cuando Vakypandy y Trotuman desaparecían de escena, Pueblo parecía un lugar mucho más pacífico.

—**¿Dónde se habrán metido?**
—preguntaba Willy.

—Según Tabernardo, las vieron tomar el camino del sur, el que lleva a una de las torres.

—¿Y por qué irían por allí? Por ahí solo se va a...

—**... al Jardín de los Misterios** —fue la respuesta de Vegetta.

—No me digas más. **¡VAMOS!**

Sin perder tiempo los dos amigos recorrieron en unos minutos la distancia que separaba Pueblo del jardín abandonado. No tardaron en darse cuenta de que, en efecto, sus mascotas habían estado por allí. No solo podían ver sus huellas sobre la arena del camino, sino que la reja abierta y la losa rota hablaban por sí mismas.



—¡Se van a enterar!

—protestó Willy—.

Mira que venir hasta aquí ellas solas.

—¡TROTU, VAKY!
¿DÓNDE ESTÁIS?

No hubo respuesta. Vegetta y Willy habían llegado al Jardín de los Misterios unos quince minutos después del desmayo de las mascotas. Tiempo suficiente para que hubieran vuelto en sí. ¿Estaban jugando al escondite?



No, no se trataba de eso. Tras recorrer el viejo parque rebuscando en todos sus rincones, dieron con ellas. Allí seguían, tendidas en el suelo, inmóviles, junto a la extraña zarza.

—¡TROTUMAN, VAKYPANDY!
¿Qué os pasa?

—exclamó Vegetta, asustado.

—¡No respiran!

—observó alarmado Willy, al comprobar que tanto la cabrita como la tortuga no parecían respirar.

—¿Qué les pasa, Willy?

—preguntó Vegetta con un hilo de voz.

—No... No lo sé.

—Los dos tienen la boca manchada de color fucsia...
Como esas bayas secas que hay por el suelo.



Willy observó que su amigo tenía razón. Cogió algunos frutos y los olisqueó con cuidado.

—Vegetta... Creo que han comido de estas bayas y se han... Se han envenenado.

—**¡NO PUEDE SER!**

Pero la evidencia era demasiado clara.

¿Sería posible que Vakypandy y Trotuman, por una simple imprudencia, hubieran... muerto?

